

Santiago, 6 de agosto de 2010

Señor  
Juan Pablo Bulnes Cerda  
Presente.

Estimado don Juan Pablo,

Me siento en el deber de conciencia de escribir a Ud., sobre mi conocimiento y experiencia de vida en torno al Rvdo. Padre Fernando Karadima, como un testimonio personal directo de la mayor cercanía y, con el ánimo de que se esclarezca la verdad en su caso.

Soy el P. Antonio Fuenzalida Besa, sacerdote diocesano incardinado en la arquidiócesis de Santiago. Tengo 50 años de edad y 21 años de ministerio. Entre los años 1988 hasta 1991 fui destinado como vicario parroquial a la parroquia San José Obrero en la Población Cardenal José María Caro. Desde ahí fui trasladado como vicario parroquial a la parroquia Del Sagrado Corazón de Providencia el día 18 de agosto de 1991, donde el P. Fernando Karadima era el párroco. Allí estuve casi diez años, hasta el día 27 de mayo de 2001, en que asumí como párroco de la parroquia San Vicente de Paul en la Florida, donde actualmente me encuentro sirviendo. En estos últimos dos años además trabajo como encargado de acompañar a los diáconos permanentes de la zona Oriente de la arquidiócesis.

A la edad de 16 años conocí al P. Fernando al ser invitado por algunos amigos a las reuniones de jóvenes que realizaba, entre ellos mi compañero de curso en el Colegio Tabancura, Cristóbal Lira Salinas, que hacía varios años participaba fervorosamente en la parroquia del Sagrado Corazón. Junto con él comencé a participar con mucho entusiasmo en la Acción Católica. Ahí Cristóbal Lira era un apoyo ya que era un asiduo colaborador del P. Fernando y me animaba siempre a integrarme más. Con Cristóbal nos hicimos muy amigos y compartimos vacaciones juntos. Hablábamos siempre de la alegría de estar participando en la parroquia y de lo bien que nos hacía el P. Fernando. Incluso compartimos un viaje a Europa recién salidos del colegio. En ese viaje, de más de un mes de duración, siempre teníamos como referencia al P. Fernando y sus sabios consejos. Es una lástima que ahora después de más de 35 años el P. Cristóbal, sin jamás haber dicho nada negativo del P. Fernando sino todo lo contrario, se halla distanciado de la Unión Sacerdotal a la que ha pertenecido desde que se ordenó sacerdote.

Poco tiempo después de integrarme a la parroquia el P. Fernando se convirtió en mi guía espiritual hasta el día de hoy. Comenzó también en ese tiempo una amistad con mi familia que le tomó mucho cariño. Él celebró el matrimonio de mis tres hermanos y bautizó a todos mis sobrinos hasta que yo fui ordenado diácono.

En estos 34 años que conozco muy cercanamente al P. Fernando puedo afirmar que jamás he visto en él alguna actitud o hecho de los cuales lo han acusado. Siempre he sido edificado por su testimonio de sacerdote intachable, con una vida profunda de fe y una predicación llena de convicción avalada por su testimonio de vida. Puedo agregar que su lenguaje siempre ha sido respetuoso y sin decir jamás una palabra grosera o de doble sentido.

Trabajando a su lado puedo testificar que su vida era pública y transparente. Yo sabía las 24 horas del día y todos los días dónde y con quiénes estaba el P. Fernando. Siempre estaba pendiente de todo lo que pasaba en la parroquia

y era totalmente ubicable para hacer las consultas pastorales necesarias en las pocas ocasiones en que se ausentaba.

Él siempre se hacía acompañar de varias personas por principio. Las veces en que salía a descansar por el día o de un día para otro siempre iba con dos o más personas que lo acompañaban. Recuerdo que en ocasiones teníamos que esperar que llegara otra persona que se había atrasado más de la cuenta para salir, porque no iba jamás solo con un acompañante.

El alma de su vida ha sido siempre el apostolado. En todas las circunstancias encontraba la forma de hablar de Dios, de la Stma. Virgen María, de la oración, de la vida eterna, de la caridad y generosidad, y de San Alberto Hurtado. En cada visita que realizaba o que llegaba a la parroquia, encontraba la manera de hablar del Señor Jesús. Siempre me ha impresionado su facilidad con que gasta sus energías en hacer apostolado en toda circunstancia y siempre. Esto no sólo en las actividades pastorales habituales, sino en toda ocasión. Es imposible pensar que una persona con ese afán apostólico permanente a lo largo de toda su vida, pueda al mismo tiempo llevar una vida doble en total desacuerdo con su predicación.

Por lo tanto reafirmo a partir de mi experiencia de conocimiento de su persona que puedo testificar con certeza que nunca he visto ningún indicio ni siquiera remoto de una vida doble. Más aún puedo decir que he observado en él una conciencia muy delicada en el trato con las cosas de Dios y los sacramentos.

En cuanto a mi experiencia como mi guía espiritual puedo destacar el inmenso respeto y cuidado en nunca presionar ni escudriñar en mi vida personal. Sólo me aconsejaba en lo que yo consultaba o en lo que resultaba evidente a la vista y que era necesario corregir de mis acciones. Como prueba de ello, teniendo una cercanía tan grande a su persona, nunca me ha preguntado sobre lo que hago en mi parroquia, ni tampoco la ha visitado en estos nueve años en que soy párroco. Todo lo que me ha aconsejado ha sido específicamente lo que yo le he consultado.

Sus palabras son siempre para estimular un sacerdocio más generoso en la oración, en el apostolado y en cultivar un corazón totalmente entregado a Jesucristo. Cada vez en que he acudido a recibir el sacramento de la penitencia de sus manos, me he encontrado con la misericordia de Dios. Sus palabras han sido totalmente espirituales y paternales mostrando la bondad infinita del Señor. Siempre como sacerdote me ha enseñado a tener un cuidado y delicadeza en el sigilo sacramental, dando él testimonio de una prudencia extrema.

Estando tan cerca en el trabajo parroquial junto a él fui testigo de como mucha gente le hacía donaciones que él se gozaba en distribuir silenciosamente entre los más necesitados. Hacía el bien tratando de solucionar el problema de las personas sin preocuparse por el dinero en sí mismo. Observé que al recibir un cheque de algún feligrés no lo miraba. A veces pasaban varios días sin abrir el sobre debido a su poco interés por el dinero. Siempre he visto en él una preocupación de hacer el bien a las personas. Nunca escuché ni vi una actitud poco evangélica con personas que lo trataban mal. Sus correcciones iban encaminadas siempre a buscar el bien de los que corregía. Cuando veía una actitud contraria al evangelio la corregía con fuerza y buscaba los medios de hacer recapacitar a las personas. Al menor indicio de arrepentimiento acogía a la persona con el mayor cariño olvidando inmediatamente cualquier ofensa. No siempre fue bien interpretado.

Su trabajo consistía en la centralidad de la Eucaristía, el sacramento de la penitencia, en difundir el amor y devoción a la Stma. Virgen María, en las reuniones con jóvenes universitarios o que trabajaban y con los adultos y en hacer el bien a todos. Nunca lo vi trabajar con niños.

En cuanto a los denunciantes puedo afirmar que conocí muy

bien a James Hamilton, Fernando Batlle, Andrés Murillo, Juan Carlos Cruz, Luis Lira, al P. Andrés Ferrada y al P. Hans Kast.

Al comenzar a trabajar como vicario parroquial en la parroquia del Sagrado Corazón en el año 1991, James Hamilton era presidente de la Acción Católica de jóvenes. Era una persona que siempre se veía muy contenta y feliz. Nunca le escuché decir ninguna queja contra el P. Fernando en las cosas de que ahora lo acusa. Siempre manifestaba admiración y gratitud por él. Le escuche cada año en cada fiesta agradecer emocionadamente al P. Fernando su testimonio sacerdotal. Era una persona que se preocupaba de hacer apostolado y de invitar constantemente a otros jóvenes a la parroquia hablando del regalo inmenso que era participar en la parroquia junto al P. Fernando.

En torno a la parroquia vivió todo su noviazgo. Él mismo llevó a su novia a participar en la Acción Católica y el P. Fernando celebró su matrimonio y bautizó a sus hijos a quienes llevaba con gusto a verlo. Tuvo la preocupación de invitar a todos los sacerdotes de la unión sacerdotal a la celebración litúrgica y a su fiesta de matrimonio en donde tenía unas mesas especialmente destinadas para nosotros. No me explico su cambio de actitud tan radical y contradictorio con su vida anterior. Si tuviera que resumir los años en que lo vi en la parroquia, tendría que decir que fueron años muy felices en la vida James Hamilton y su esposa, Verónica Miranda.

De Fernando Batlle puedo recordar que participaba en la parroquia junto a su familia. Todos los días iba la Eucaristía y estaba presente en todas las reuniones. Se mostraba feliz de su pertenencia a la parroquia y de todo lo que ahí se realizaba. Nunca fue de los más cercanos al P. Fernando, aunque él lo trataba siempre con bondad.

Andrés Murillo participó en la parroquia dentro de los años noventa. Desde que llegó era una persona alegre pero a veces un poco melancólica. El P. Fernando lo acogió con cariño y se integró entre los dirigentes de los jóvenes.

Cuando había algún joven que podía también tener una vocación sacerdotal el P. Fernando lo integraba al trabajo pastoral para, en el tiempo, poder discernir y probar si el llamado era real o no. En algunos casos en que él se daba cuenta que no veía vocación sacerdotal en la persona se lo decía. Esto producía en algunos rebeldía, como el caso de Murillo, Batlle y Juan Carlos Cruz.

Andrés Murillo buscó realizar una vocación religiosa en los padres Jesuitas. Por eso se alejó de la parroquia. El P. Fernando siempre respetó su decisión aunque no creía en su vocación. Nunca manifestó nada que hiciera pensar que hubiera visto alguna conducta impropia en el P. Fernando.

Juan Carlos Cruz que fue seminarista de Santiago también se apartó del P. Fernando cuando este le manifestó que no creía en su vocación. Había indicios de que tenía ciertas tendencias incompatibles con el ministerio sacerdotal. En el año 1987 o 1988, siendo rector del Seminario Pontificio el P. Juan de Castro y yo seminarista, le expuse mis aprensiones sobre Juan Carlos Cruz.

Luis Lira Campino fue también seminarista. Nunca manifestó ningún rechazo del P. Fernando, sino siempre gratitud y cariño. Es extraño que después de tantos años diga que se alejó de la parroquia por una razón que nunca antes mencionó.

El P. Andrés Ferrada durante muchos años estuvo agradecido del P. Fernando. Decía que cuando estudiaba en Roma lo alentaba mucho la conversación por teléfono con el P. Fernando. Andrés lo llamaba frecuentemente para pedir su consejo. Él nunca estuvo muy cerca del P. Fernando, sino que con una cercanía relativa. Nunca le escuché ninguna crítica ni queja contra el P. Fernando, sino sólo alabanzas y gratitud. Incluso habiendo salido junto con Andrés de vacaciones

(alrededor del verano de 1998) siempre hablaba bien del P. Fernando.

El P. Hans Kast fue siempre un amigo muy cercano al P. Fernando. Lo invitaba todos los veranos a su casa de Puerto Varas y también viajó en algunas ocasiones con él. Hans, siempre trató y estimó mucho al P. Fernando. Nunca le escuché una queja contra él en casi treinta años de amistad. Nunca le escuché que se quejara del lenguaje que ocupaba o de lo que decía. Siempre estaba feliz de recibirlo en su casa y de ser su dirigido espiritual. Muchas veces celebramos alguna fiesta en torno al cumpleaños o al santo del P. Fernando en que el P. Hans ofrecía gustosamente su casa como lugar para reunirnos.

Todos los que hoy denuncian actitudes impropias del P. Fernando se los veía muy felices en la época en que participaban junto a él. Nunca manifestaron nada en contra de lo que hacía ni algún indicio de desconcierto por sus acciones, más bien siempre mostraban sentirse edificados por su testimonio y cercanía. Es muy extraño un cambio tan radical después de haber estado junto a él durante tantos años y después de tanto tiempo.

Puedo agregar que el grupo de sacerdotes de la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón que cada lunes nos reunimos a rezar el Santo Rosario y a celebrar la Eucaristía se ha visto afectado por los acontecimientos últimos. Entre nosotros ha habido una amistad muy grande y de muchos años. Nuestras conversaciones durante años se han visto motivadas por palabras escuchadas al P. Fernando, por sus prédicas y retiros parroquiales. Cada veranos salimos en grupos ya que nos animamos mutuamente en lo ministerial y en el seguimiento de Jesucristo. Por ejemplo, este verano recién pasado estuvimos juntos en el sur el P. Jaime Tocornal, P. Andrés Ariztía, P. Jorge Merino, P. Tomás Salinas, P. Fernando Ferrada y P. Sergio Della Maggiora. Hablamos muchas veces del P. Fernando y siempre fue destacando sus virtudes y el bien que nos hacían sus palabras sin que ninguno expresara jamás una crítica a sus actitudes.

Reafirmo que me parecen totalmente inverosímiles las acusaciones en contra del P. Fernando Karadima por todo lo que lo conozco y por todo lo que he vivido junto a él a lo largo de estos 34 años.

Me despido en el Señor Jesús y su Stma. Madre esperando que este testimonio pueda ayudar a conocer la verdad.

P. Antonio Fuenzalida Besa  
Párroco  
Parroquia San Vicente de Paul de La Florida